

by. NECE SUP UCH0602, sur. Resp. Doc. L. Martinez "Edo. Albers Ltda." Fac. N.º 873 U \$21.301, marzo 2005.

809
V422i
c. 2

MARÍA JOSÉ VEGA Y NEUS CARBONELL

LA LITERATURA COMPARADA: PRINCIPIOS Y MÉTODOS

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAS


GREDOS

© MARÍA JOSÉ VEGA Y NEUS CARBONELL, 1998.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.
Sánchez Pacheco, 85, Madrid.

Diseño de cubierta: Manuel Janeiro.

R. 18.831.-

Depósito Legal: M. 36354-1998.

ISBN 84-249-1972-6.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cándor, S. A.

Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1998.

NOTA PREVIA

Este libro se concibió, inicialmente, con dos fines complementarios: en primer lugar, el de proporcionar versiones rigurosas de los autores clásicos de la literatura comparada que no habían sido traducidos al castellano y el de permitir una revisión de las últimas tendencias de la disciplina que, por razones cronológicas obvias, están ausentes de los manuales escritos y publicados en nuestro país; en segundo lugar, el de procurar una visión de conjunto del curso teórico y metodológico del comparatismo, dejando la palabra, en lo fundamental, a los autores, y proporcionando la información básica que permitiera el seguimiento de los textos que han tenido una mayor influencia e impacto en la conformación de la literatura comparada. No hay, en castellano, versiones de las declaraciones programáticas que sobre la naturaleza, fines y métodos del comparatismo hicieron los primeros defensores y practicantes de la disciplina en el paso del siglo XIX al XX, ni tampoco de los trabajos de los grandes maestros de entreguerras, como Ferdinand Baldensperger o Paul Van Tieghem: sus estudios, en la mayor parte de los casos, se alojaban en revistas y volúmenes inaccesibles o ausentes de las bibliotecas españolas. No era posible, pues, en castellano, adentrarse en el estado del comparatismo de finales del siglo XIX y de la primera mitad de este siglo, ni seguir el curso de algunos de los trabajos que constituyeron los hitos más importantes en los años sesenta y setenta, ni tampoco acceder a la discusión comparatista contemporánea. Estas carencias bibliográficas se hicieron sentir de forma más viva cuando comenzó a impartirse la literatura comparada en las universidades españolas y urgió disponer de instrumentos adecuados para la enseñanza. En buena parte, este volumen es el producto de la experiencia docente en literatura comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona y quiere satisfacer la necesidad de acceder, de primera mano, a los documentos básicos de la historia del comparatismo. Sus tres partes principales proponen un recorrido cronológico de poco más de un siglo de duración, desde los primeros trabajos programáticos que se ocuparon de definir la disciplina, a finales del siglo XIX, hasta los últimos estudios de finales del XX; cada una de sus cuatro secciones incluye una introducción general — que ofrece los datos históricos más importantes y describe los cambios y disensiones sobre la definición y los métodos de la literatura comparada — y un número variable de textos en los que se cede la palabra a los autores y las autoras de las contribuciones más relevantes.

Los textos han sido seleccionados atendiendo a varios criterios. En primer lugar, se han preferido los de naturaleza teórica y programática, esto es, los que de forma ex-

BILL ASHCROFT, GARETH GRIFFITHS Y HELEN TIFFIN

EL IMPERIO CONTRAESCRIBE: INTRODUCCIÓN A LA TEORÍA
Y LA PRÁCTICA DEL POSTCOLONIALISMO*

Más de las tres cuartas partes de la gente que actualmente habita la tierra ha visto cómo su vida se desarrollaba bajo la experiencia del colonialismo. Su importancia en la esfera política y económica es fácil de detectar, pero, en términos generales, su influencia en el marco conceptual de las personas suele resultar menos evidente. La literatura constituye una de las vías de expresión más importantes de estas nuevas percepciones ya que la realidad diaria de la gente colonizada se encuentra codificada en la escritura y en otras artes como la pintura, la música y la danza, en virtud de las cuales ha ejercido una profunda influencia.

¿QUÉ SON LAS LITERATURAS POSTCOLONIALES?

Aunque nos concentremos en la escritura de las personas colonizadas por Gran Bretaña, gran parte de lo que se afirma mantiene su interés y su relevancia para los países colonizados por otros poderes europeos, como Francia, Portugal y España. Puede parecer que las bases semánticas del término «postcolonial» sugieren exclusivamente una preocupación por la cultura nacional después de la marcha del poder colonial. En ocasiones anteriores, el término se ha utilizado para distinguir entre los períodos anteriores y posteriores a la independencia (período colonial y período postcolonial), como, por ejemplo, cuando se construyen las historias literarias nacionales o cuando se proponen estudios comparados entre diferentes estadios de estas historias. Sin embargo, en términos generales, la palabra «colonial» se ha usado para desig-

* B. Ashcroft, G. Griffiths, H. Tiffin, «What are Post-Colonial Literatures?»; «Development of Post-Colonial Literatures»; «Post-Coloniality and Theory», en *The Empire Writes Back: Theory and Practice in Post-Colonial Literatures*, London, Routledge, 1989, págs. 1-13. Traducción de N. Carbonell.

nar el período anterior a la independencia, y la expresión que indica literatura nacional, como «literatura canadiense moderna» o «literatura actual de las Indias Occidentales», se ha usado para el período posterior a la independencia.

A pesar de ello, usamos el término «postcolonial» para referirnos a toda la cultura afectada por el proceso imperial desde el momento de la colonización hasta nuestros días. Lo consideramos así por la continuidad de preocupaciones a lo largo del proceso histórico que se inició con la agresión imperial europea. Sugerimos también que es el término más apropiado para la nueva crítica cultural que ha emergido en los últimos años y para el discurso con el que esta crítica se constituye. En este sentido, el postcolonialismo se interesa por el mundo durante y después de la dominación imperial europea y los efectos de ésta en las literaturas contemporáneas.

Por tanto, las literaturas de los países africanos, de Australia, Bangladesh, Canadá, del Caribe, la India, Malasia, Malta, Nueva Zelanda, Pakistán, Singapur, de los países del Pacífico Sur, y de Sri Lanka son todas literaturas postcoloniales. La literatura de los Estados Unidos debería formar parte de esta categoría pero, quizá a causa de su actual posición de poder y del papel neocolonizador que ha desempeñado, no suele reconocerse su naturaleza postcolonial, aunque su relación con el centro de la metrópolis durante los dos últimos siglos haya sido paradigmática de la de las literaturas postcoloniales. Lo que estas literaturas tienen en común más allá de sus distintas características regionales es que su surgimiento en la forma actual se debe a la experiencia de la colonización y que se impusieron al llevar al primer plano la tensión con el poder imperial y al enfatizar sus diferencias respecto del centro imperial. Esto las hace distintivamente postcoloniales.

LAS LITERATURAS POSTCOLONIALES Y EL ESTUDIO
DE LA FILOLOGÍA INGLESA

El estudio de la filología inglesa ha sido siempre un fenómeno densamente político y cultural, una práctica en la que la lengua y la literatura se han puesto al servicio de un nacionalismo profundo. El desarrollo del inglés como especialidad universitaria privilegiada en Gran Bretaña durante el siglo XIX (respaldada finalmente con su inclusión en los programas de Oxford y Cambridge y reafirmada en el *Newbolt Report* de 1921) formó parte de un intento de sustituir a los clásicos del corazón de la empresa intelectual de los estudios humanísticos del siglo XIX. Desde el principio, quienes propusieron la filología inglesa como disciplina relacionaron su metodología con la de la filología clásica, enfatizando la erudición, la filología y el estudio histórico, es decir, la fijación de los textos en un tiempo histórico y la búsqueda perpetua de los determinantes del significado único, unificado y consensuado.

El momento histórico que vio el surgimiento de la filología inglesa como disciplina académica también produjo la forma colonial del imperialismo decimonónico. Gauri Viswanathan ha presentado argumentos sólidos que relacionan la «institucionalización y la consiguiente valoración del estudio de la literatura inglesa con la forma y el contenido ideológico desarrollado en el contexto colonial» y, concretamente, tal y como se desarrolló en la India, donde «la administración colonial británica, presionada por un lado por los misioneros y por el otro por el miedo a la insubordinación de los nativos, descubrió en la literatura inglesa un aliado para mantener bajo control a los nativos con el pretexto de una educación liberal».

Puede argumentarse que el estudio del inglés y el crecimiento del imperio procedían del mismo clima ideológico y que el desarrollo de uno está intrínsecamente relacionado con el del otro, tanto en el plano utilitario (la propaganda, por ejemplo) como en el inconsciente, en el que lleva a la naturalización de valores construidos (por ejemplo, civilización, humanidad, etc.) que, a su vez, establecieron otros valores (salvaje, primitivo, nativo) como sus antítesis y como objeto del celo reformador.

En el centro mismo de la fundación de la filología inglesa se entronizó una norma que otorgaba privilegios y que sirvió como modelo para rechazar el valor de lo «periférico», lo «marginal» y lo «no canónico». La literatura se convirtió en el núcleo de la empresa cultural del imperio, como la morarufía lo fue de su formación política. Por tanto, se incorporaban rápidamente aquellos elementos de los márgenes y de la periferia que amenazaban los derechos exclusivos del centro. Este era un proceso de afiliación consciente que procedía bajo la forma de filiación, para decirlo en términos de Edward Said: es decir, una imitación del centro que procedía no solamente de un deseo de ser aceptado, sino también adoptado y absorbido por él. Ocasionó que los que se encontraban en la periferia se sumergieran en la cultura importada, negando sus orígenes, en un intento de ser más ingleses que los ingleses. Se pueden ver ejemplos de ello en escritores como Henry James y T. S. Eliot.

A medida que las sociedades postcoloniales buscaban establecer sus diferencias con Gran Bretaña, la respuesta de los que reconocían la complicidad entre lengua, educación e incorporación cultural fue la de romper la relación entre lengua y literatura, dividiendo los departamentos de inglés de las universidades en facultades separadas de lingüística y de literatura; en ambos casos, el proyecto se veía en un contexto nacional o internacional. El ensayo de Ngũgĩ, «On the abolition of the English department», constituye un relato ilustrativo de los argumentos implicados en África. El artículo de John Docker, «The neocolonial assumption in the university teaching of English», enfoca problemas parecidos en el contexto del colono y describe una situación en la que, a diferencia de Kenia, apenas si hay descolonización de verdad. Tal y como la crítica de Docker hace evidente, en la mayoría de las naciones

postcoloniales (incluyendo las Indias occidentales y la India) el nexo de poder que implica la literatura, la lengua y la cultura dominante británica ha resistido los intentos de desmantelamiento. Incluso después del éxito de tales intentos, la naturaleza canónica y el estatus incuestionable de las obras de la tradición literaria inglesa y de sus valores han seguido siendo poderosos en la formación cultural y en las instituciones ideológicas de la educación y la literatura. No obstante, el desarrollo de las literaturas postcoloniales ha cuestionado necesariamente muchas de las presunciones en las que se basaba el estudio de la filología inglesa.

EL DESARROLLO DE LAS LITERATURAS POSTCOLONIALES

Las literaturas postcoloniales se han desarrollado en varios estadios en los que puede verse una correspondencia con la conciencia nacional y regional y con el proyecto de afirmación de la diferencia respecto del centro del imperio. Durante el período imperial, la escritura en la lengua de la metrópoli está producida, naturalmente, por una élite literaria que se identifica, en primera instancia, con el poder colonizador. Por ello, los primeros textos coloniales en la nueva lengua suelen ser obra de «representantes» del poder imperial, como, por ejemplo, colonos enriquecidos (Wentworth en Australia), viajeros (Froude, autor de *Oceana* y de *The English in the West Indies*; los diarios de viaje de Mary Kingsley), miembros de la administración Anglo-India o de África Occidental, soldados, «boxwallahs» y, más comúnmente, sus «mehsaibs» (libros de memorias).

Estos textos ni forman parte de las bases de la cultura indígena ni pueden integrarse en la cultura que ya existe en los países invadidos. A pesar de que detallan el paisaje, las costumbres y la lengua, inevitablemente privilegian el centro, ponen el énfasis en lo propio frente a lo nativo, en la metrópolis frente a la colonia o la provincia, etc. En un nivel más profundo, su recurso a la objetividad simplemente esconde el discurso imperialista sobre el que se sustentan. Esto es cierto incluso de las obras conscientemente literarias que emergen en esos momentos, como ilustran los poemas y las narraciones de Rudyard Kipling. Por ejemplo, en el conocido poema «Navidad en la India» la descripción de un día de Navidad en medio del calor de la India aparece contextualizada mediante la evocación de la ausencia de su contrapartida inglesa. En apariencia, sólo a través de este significativo ausente la realidad India cotidiana puede legitimarse como sujeto en el discurso literario.

El segundo estadio de producción postcolonial lo constituye la literatura producida con licencia imperial por los nativos o los marginados, como, por ejemplo, la poesía y la prosa decimonónica escrita por la clase alta india o la

literatura de las misiones en África (como la obra *Chaka* de Thomas Mofolo), que significa que, por el hecho de haber escrito en la lengua de la cultura dominante, forman parte permanente o temporalmente de una clase privilegiada dotada con la lengua, la educación y el ocio necesarios para escribir tales obras. La novela australiana *Ralph Rashleigh*, de la que ahora se sabe que fue escrita por el convicto James Tucker, es un ejemplo que hace al caso. Tucker, hombre con estudios, escribió *Rashleigh* como condenado especial mientras trabajaba en la prisión de Port Macquarie como almacenero del superintendente. Escrito en papel del gobierno, con tinta y pluma del gobierno, la novela claramente contó con el apoyo y la ayuda del superintendente. Tucker accedió momentáneamente al privilegio de la literatura. Muy significativamente, el momento de privilegio no duró mucho y murió en la pobreza a los cincuenta y ocho años en un asilo de Sidney.

Una característica de los primeros textos postcoloniales es que el potencial subversivo de sus temas no se percibe plenamente. Aunque tratan asuntos tan llenos de fuerza como la brutalidad del sistema penal en el caso de Tucker, el potencial histórico de las culturas nativas suplantadas y denigradas en el caso de Mofolo, la existencia de una rica herencia cultural más antigua y extensa que la europea en la poesía decimonónica de los poetas indios como Rama Sharma, a todas estas obras se les impide la plena exploración de su potencial anti-imperial. Tanto el discurso de que disponen las nuevas literaturas postcoloniales como sus condiciones materiales de producción restringen esta posibilidad. La institución literaria en la colonia está bajo el control directo de la clase dirigente imperial, que es la que otorga la licencia a lo que le parece aceptable y permite la publicación y la distribución de las obras. Por lo tanto, los textos de esta clase nacen bajo las limitaciones de un discurso y de una práctica de mecenazgo institucional que restringen la afirmación de una perspectiva diferente. El desarrollo de las literaturas independientes dependía de la abrogación de este poder y de la apropiación de la lengua y de la escritura para usos nuevos y distintos. Esta apropiación es claramente el rasgo más significativo de la aparición de las nuevas literaturas postcoloniales.

HEGEMONÍA

¿Por qué deberían las sociedades postcoloniales seguir abordando la experiencia imperial? Puesto que todas las sociedades postcoloniales que hemos debatido han conseguido ya la independencia, ¿por qué es el tema del colonialismo todavía relevante? La pregunta de por qué el imperio debe contraescribir una vez que la estructura imperial ha sido ya desmantelada en términos políticos es importante. Gran Bretaña, como otros poderes coloniales hegemónicos en el siglo XIX, ha quedado relegada a un lugar relativamente menor

en los asuntos internacionales. En las esferas de la política y de la economía, y cada vez más en la nueva área vital de las comunicaciones, Gran Bretaña, como otros poderes coloniales europeos, ha sido reemplazada por los Estados Unidos y la antigua Unión Soviética. Sin embargo, a través del canon literario, es decir, de los textos británicos que todavía forman la piedra angular del valor y del buen gusto, y a través de la imposición del dialecto del sureste de Inglaterra como modelo estándar, el peso de la antigüedad continúa dominando la producción cultural de una gran parte del mundo postcolonial. La hegemonía cultural se ha mantenido con presunciones canónicas sobre la actividad literaria y mediante una actitud hacia las literaturas postcoloniales que las identifica como vástagos de la literatura inglesa y que, por tanto, las relegan a posiciones marginales y subordinadas. Más recientemente, a medida que el rango y la fuerza de estas literaturas se ha hecho innegable, ha comenzado un proceso de incorporación en el que, aplicando criterios eurocéntricos, el centro ha intentado reivindicar aquellas obras y autores que considera británicos. En todos estos casos hay un paralelismo asombroso entre la escritura postcolonial y la escritura feminista.

LENGUA

Uno de los rasgos principales de la opresión imperial es el control sobre la lengua. La educación imperial impone una versión estándar del lenguaje metropolitano como norma y margina todas las variantes por impuras. Como plantea un personaje de la novela australiana del siglo XIX, *Policy and Passion* de Campbell Praed: «Ser colonial es hablar dialecto australiano, es ser... todo lo que es abominable». La lengua es el medio por el que se perpetúa la estructura jerárquica del poder, y el medio por el que se establecen los conceptos de verdad, orden y realidad. El surgimiento de una voz postcolonial efectiva rechaza ese poder. Por este motivo, el debate que sigue sobre la escritura postcolonial es, en gran medida, un debate sobre el proceso por el cual la lengua, con su poder, y la escritura, con su significado de autoridad, han conseguido desembarazarse del poder hegemónico europeo.

Con el objetivo de atender las formas complejas de la lengua inglesa que se usan en estas sociedades, así como para indicar su propio sentido de diferencia, distinguimos entre el Inglés Británico estándar (con mayúsculas), heredado del imperio, y el inglés (con minúsculas) que se ha convertido en la lengua de los países postcoloniales. Aunque el imperialismo británico fue el resultado de la diseminación del inglés en el globo terrestre, el inglés de Jamaica no es el inglés del Canadá ni el de Kenia. Debemos distinguir entre lo que se propone como código estándar, el Inglés, la lengua del antiguo centro imperial, y el código lingüístico, el inglés, que se ha transformado y ha sido

subvertido en diferentes variantes a través del mundo. Por este motivo, la distinción entre Inglés e inglés se usará a lo largo de este texto como indicativo de las diferentes variantes lingüísticas usadas por distintas comunidades en el mundo postcolonial.

El uso de estos términos pone en evidencia el hecho de que existe una continuidad entre las distintas prácticas lingüísticas que constituyen el uso del inglés en el mundo moderno. Aunque desde un punto de vista lingüístico los vínculos entre el 'Inglés' y los varios 'ingleses' postcoloniales que todavía están en uso puedan parecer intactos, el 'Inglés' se sitúa aparte de las otras variantes 'menores'. En la práctica, la historia de esta distinción entre Inglés e inglés ha sido la historia de las demandas entre un centro poderoso y una multitud de usos designados como periféricos. La lengua de estas periferias ha sido configurada por un discurso opresivo de poder. A pesar de ello, también ha sido donde se han producido algunas de las literaturas más innovadoras y prometedoras del período moderno y esto se debe, en parte, a las energías dejadas al descubierto por la tensión entre un código normativo y la variedad de usos regionales.

DENTRO Y FUERA DE LUGAR

Una de las características principales de las literaturas postcoloniales es su interés por tratar las consecuencias de lo que significa estar dentro y fuera de lugar. La singular crisis postcolonial de identidad nace con la preocupación por el desarrollo o la recuperación de una relación significativa y eficaz entre el yo y su lugar. De hecho, algunos críticos, como D. E. S. Maxwell, han hecho de ello el modelo que define lo postcolonial. Los efectos del *desplazamiento* como resultado de la emigración, la esclavitud, la deportación o el traslado «voluntario» en búsqueda de trabajo pueden mermar el sentido de una activa identidad personal. Esta puede haber sido destruida a causa de la *denigración cultural*, es decir, la opresión consciente o inconsciente de la personalidad y la cultura indígenas por un modelo racial o cultural que se supone superior. La dialéctica del estar dentro y fuera de lugar es siempre un rasgo principal de las sociedades postcoloniales tanto si éstas han aparecido como resultado de la colonización, de la intervención política o de ambas. Más allá de las diferencias culturales e históricas, el sentimiento de estar dentro y fuera de lugar, así como una preocupación profunda con los mitos de la identidad y de la autenticidad, constituyen los rasgos comunes a todas las literaturas postcoloniales en inglés.

La alienación y la crisis de la propia imagen que produce el desplazamiento se encuentra de modo frecuente en los relatos de los colonos canadienses, de los condenados australianos, de los trabajadores temporales de las islas

Fidji o de Trinidad, de los esclavos de las indias occidentales, o de los nigerianos y de los bengalíes colonizados. Aunque esto puede demostrarse empíricamente a través de una gran variedad de textos, es difícil explicarlo a través de las teorías que ven la alienación social y lingüística como el resultado de formas de colonización opresivas, tales como la esclavitud o la conquista. El estudio de estas prácticas debe ir más allá de las categorías habituales de alienación social como amo / esclavo, libre / atado, gobernante / gobernado, a pesar de lo extendidas e importantes que estas categorías puedan ser en las culturas postcoloniales. Al fin y al cabo, ¿por qué el colono sin límites formales y teóricamente libre para continuar poseyendo y practicando lo «Inglés» muestra claros signos de alienación incluso durante la primera generación y manifiesta una tendencia a buscar una identidad diferenciada y alternativa?

La práctica discursiva más ampliamente compartida y donde puede identificarse esta alienación es en la construcción del «lugar». La brecha que se abre entre la experiencia del lugar y el lenguaje disponible para describirlo forma un rasgo clásico y omnipresente de los textos postcoloniales. Esta brecha ocurre para aquellos cuya lengua les parece inadecuada para describir un nuevo lugar, para aquellos cuya lengua ha sido sistemáticamente destruida por la esclavitud y para aquellos cuya lengua ha sido desposeída de todo privilegio por la imposición de la lengua del poder colonizador. La mezcla de uno u otro modelo describe la situación en todas las sociedades postcoloniales. En cada caso, la condición de alienación es inevitable hasta que la lengua colonial ha sido sustituida o apropiada como inglés.

Que el imperialismo comporta una profunda alienación lingüística es obviamente cierto en los casos en los que la cultura precolonial ha sido eliminada por conquista militar o por esclavización. Por ejemplo, el escritor indio Raja Rao y el escritor nigeriano Chinua Achebe han tenido que transformar su lengua, utilizarla de forma diferente en un nuevo contexto para que pudiera «llevar la carga» de su experiencia, como afirma Achebe citando a su vez a James Baldwin. Aunque Rao y Achebe escriban en su país y no hayan sufrido un desplazamiento geográfico, han tenido que superar el vacío impuesto como resultado del desplazamiento lingüístico de la lengua precolonial por el Inglés. Este proceso tiene lugar dentro de un discurso global sobre el problema de estar dentro y fuera de lugar en un contexto postcolonial amplio. También comparten este sentimiento aquellos cuyo dominio del inglés es indudablemente nativo (en el sentido de que lo dominan desde la cuna) pero que se sienten alienados de su práctica porque el vocabulario, las categorías y los códigos les parecen inadecuados o inapropiados para describir la fauna, las condiciones físicas o geográficas y las prácticas culturales desarrolladas en una nueva tierra. El poeta canadiense Joseph Howe, por ejemplo, arranca su descripción de un alce de algún depósito romántico de canciones de cuna inglesas:

*el jocosos alce saltironea alegremente,
mordisqueando el follaje que la naturaleza arroja a sus pies*

Estos absurdos muestran la necesidad que comparten los hablantes nativos con la gente colonizada y oprimida de escapar a las limitaciones imperiales y a las insuficiencias del Inglés como práctica social. Necesitan escapar de las presunciones implícitas concedidas al Inglés: de sus valores estéticos y sociales, de las limitaciones formales e históricas de los géneros y de la opresión política y cultural del centro sobre los márgenes ejercida por el dominio de la metrópoli. Esto no implica que el Inglés sea intrínsecamente incapaz de relatar la experiencia postcolonial, sino que ha de desarrollar un uso apropiado para tal fin, es decir, convertirse en una forma única y distinta de inglés. El rasgo activo de esta forma de desplazamiento es su capacidad para interrogar y subvertir las formaciones culturales imperiales.

La presión para desarrollar tal uso se manifiesta muy pronto en las literaturas en lengua inglesa, de modo que se puede argumentar que, incluso antes del desarrollo de una postura conscientemente descolonizadora, la experiencia de un nuevo lugar, que se puede identificar como diferente en términos de sus características físicas, obliga, por ejemplo, a los nuevos colonos a pedir una lengua que les permita expresar su sentimiento de «Otridad». El paisaje, la flora y la fauna, las estaciones, las condiciones climáticas se distinguen formalmente del lugar de origen en una serie de relaciones binarias, casa / colonia, Europa / Nuevo Mundo, Europa / Antípodas, metropolitano / provincial etc., aunque, en este estadio no existan aún modelos capaces de expresar el sentimiento de Otridad de una forma positiva y creativa.

POSTCOLONIALISMO Y TEORÍA

La idea de una teoría literaria postcolonial emerge de la incapacidad de la teoría europea para tratar de forma adecuada la complejidad y la variedad cultural de la escritura postcolonial. Las teorías europeas surgen de tradiciones culturales concretas que se esconden tras falsas nociones de lo universal. Las prácticas postcoloniales cuestionan radicalmente teorías sobre estilo y género, prejuicios sobre los rasgos universales del lenguaje, epistemologías y sistemas de valores. La teoría postcolonial surge de la necesidad de tratar esta práctica diferente. Las teorías indígenas se han desarrollado para acomodar tanto las diferencias entre varias tradiciones culturales como el deseo de describir de modo comparativo los rasgos compartidos por estas tradiciones.

El monocentrismo político y cultural de la empresa colonial fue el resultado natural de las tradiciones filosóficas del mundo europeo y de los sistemas

de representación que éstas privilegiaban. La expansión imperial del siglo XIX, que representa la culminación de la expansión y del dominio europeo sobre el mundo que empezó en el renacimiento, se apoyaba en estas asunciones de un modo muy complejo. En primer lugar, produjo prácticas de servidumbre cultural que un crítico postcolonial ha llamado «servilismo cultural». Con posterioridad, la aparición de teorías indígenas que reaccionaban contra ellas constituyó un elemento importante de desarrollo de la conciencia nacional y regional.

Paradójicamente, sin embargo, la expansión imperial ha tenido un efecto desestabilizador para sus propias preocupaciones y su propio poder. Al empujar el mundo colonial a los márgenes de la experiencia, el centro situó la conciencia más allá del punto en el que el monocentrismo en todas las esferas del pensamiento podía aceptarse sin ser cuestionado. En otras palabras, el proceso de alienación que inicialmente sirvió para relegar el mundo postcolonial a los márgenes se volvió contra sí mismo y obligó a este mundo a cruzar una barrera mental hasta situarse en una posición en la que toda la experiencia pudiera ser vista como descentrada, plural y múltiple. La marginalidad, por tanto, se convirtió en una fuente de energía creativa sin precedentes. El ímpetu hacia lo descentrado y lo plural se ha hallado siempre presente en la historia del pensamiento europeo y ha alcanzado su desarrollo más reciente en las teorías post-estructuralistas. Pero la situación de las culturas y las sociedades marginales les ha permitido llegar a esta situación antes y de forma más directa y estas nociones se encuentran implícitas en los textos postcoloniales desde el período imperial hasta nuestros días.

ARMANDO GNISCI

LA LITERATURA COMPARADA COMO DISCIPLINA
DE DESCOLONIZACIÓN*

La literatura comparada, como bien sabemos, es una disciplina académica que nació en Europa y América del Norte. Desde sus orígenes, que se remontan a principios del siglo pasado, se ha definido siempre como una disciplina «en crisis». A medida que extendía la amplitud de sus conocimientos, esta forma de estudio de la literatura desde el punto de vista internacional se interrogaba sobre su identidad, su legitimidad, sus límites, sus objetivos. Esta autocrítica incesante, pero a fin de cuentas fisiológica y constitutiva, está hoy a punto de llegar a su término. Muchos pretenden, con una insistencia creciente, que la literatura comparada es una disciplina en fase de extinción, si no ya desaparecida. ¿Con qué se proponen reemplazar la literatura comparada? Unos sostienen la necesidad de su asimilación a la llamada teoría de la literatura, concebida como la disciplina central y más poderosa de los estudios literarios, que sometería y regularía, presentándose como su garante, el conjunto de las otras disciplinas: la filología, la hermenéutica y la propia literatura comparada. Otros consideran inevitable a partir de ahora la superación de la literatura comparada por nuevos intereses de estudio, expresión directa de los problemas fundamentales de la cultura mundial de nuestra época. Se trata de a) los estudios sobre la traducción (*Translation Studies*), b) los estudios sobre la descolonización cultural (*Postcolonial Theory*), c) los estudios interculturales (*Intercultural Studies*). Algunos añaden a dicha lista: d) los estudios feministas (*Gender o Women's Studies*).

La primera opción, que impone la asimilación de la literatura comparada a la teoría de la literatura en nombre de la pretendida superioridad de ésta, expresa la actitud típicamente egocéntrica de los países europeos y norteamericanos al proponer una vez más la vieja concepción imperialista y jerárquica de

la ciencia occidental: aquella que impone un saber fuerte y central como fundamento de toda forma de conocimiento. La segunda opción, articulada y múltiple, nace por el contrario de desarrollos concretos de los estudios literarios desde una perspectiva auténticamente mundial y no exclusivamente euroamericana. Es más, los estudios de traducción, los estudios poscoloniales e interculturales y los estudios sobre la mujer no son indiferentes o alternativos entre sí, sino que parecen ir en la misma dirección unidos por una especie de «familiaridad». El reciente manual de Susan Bassnett, *Comparative Literature: A Critical Introduction*, aparecido en 1993, es prueba de ello.

¿Cuál es esa dirección? Al parecer, la de una nueva definición de los estudios literarios y de humanidades desde la perspectiva de un mundo en continuo cambio, justamente de un «mundo poscolonial» en el que estamos todos implicados. Dicha dirección probablemente llevará también a la formulación de «un nuevo humanismo» planetario y múltiple no ya impuesto por la civilización europea en nombre de su pretendida razón universal sino por el diálogo entre las diferentes culturas del mundo, es decir, por su «hablar juntos». Lo que los latinos llamaban *colloquium*.

En lo que a mí respecta, creo que estos nuevos métodos de estudio de la literatura en todo el mundo poseen un horizonte epistemológico y una metodología comunes, que podemos fácilmente seguir denominando literatura comparada. Diría incluso que la literatura comparada, con su pasado de disciplina siempre «en crisis» y su apertura a la interpretación del encuentro con el otro, es hoy al fin reconocida en el mundo gracias a toda una tradición de conocimiento obtenido desde la igualdad y la reciprocidad. «The Crisis of Comparative Literature» parece tener lugar en la construcción de una *disciplina auténticamente crítica*.

Quiero decir que la literatura comparada, exportada incluso a África o Asia como la tecnología, la moda o la coca-cola, no puede seguir siendo considerada un sector de especialización, una disciplina ya trasnochada, típica de la tradición académica euroamericana. Por el contrario, en los últimos años se ha transformado en una ciencia del encuentro —abierta y llena de innumerables voces, como un mercado de un puerto del mediterráneo— que ofrece a los intelectuales de cualquier origen la ocasión de medirse unos a otros y de compararse entre sí. Lo que permite ese diálogo no es la existencia de un mismo tema de estudio o de un mismo campo de investigación —por ej. un siglo de historiografía literaria: el xviii; un autor: Joyce; o un movimiento: las vanguardias y el modernismo— sino la experiencia del encuentro en sí, cuyo fin es el diálogo sobre todas las literaturas a todos los niveles. Encuentro que tiene lugar desde la igualdad y la reciprocidad, preservando la vitalidad de sus tradiciones, historias culturales, lenguas y poéticas. En una palabra, la literatura comparada parece ser hoy una disciplina auténticamente mundial. Detrás de su campo de acción los intelectuales japoneses, sudamericanos, europeos, indios,

* Armando Gnisci, «La littérature comparée comme discipline de décolonisation», *Canadian Review of Comparative Literature*, 23 (1996) 67-73. Traducción de Pilar Álvaro.

centroafricanos, chinos, norteamericanos, magrebíes, de Europa occidental o los países de Oriente Medio pueden estudiarse desde puntos de vista recíprocos y globales a partir de la diversidad de identidades y la unidad de relaciones e intereses que representan.

Y eso no es todo. Lo que hoy constituye el objeto de investigación de la literatura comparada son los contenidos mismos, por así decir, y los problemas comunes al nuevo orden mundial de los estudios literarios, esto es: a) el proceso de descolonización cultural, cuyo verdadero centro está en la literatura y el arte, no en la llamada cultura de masas, donde la colonización está muy presente; b) el fenómeno mundial y omnipresente de la traducción; c) las comparaciones entre las diferentes culturas por medio de sus tradiciones literarias, las únicas que están en igualdad de condiciones con las tradiciones occidentales. (Earl Miner lo vio al comparar la poética europea de raíz aristotélica y horaciana con las poéticas china y japonesa).

La «literatura universal» —que Goethe llamó *Weltliteratur* en 1827— sigue siendo un sueño del Siglo de las Luces y el Romanticismo. Hoy trabajamos más bien en una *disciplina literaria mundial*. Por las razones que acabo de enunciar, podemos seguir llamando de modo habitual a dicha disciplina «literatura comparada».

Podríamos decir que ese nombre no representa más que la continuación de las convenciones de la tradición europea, carentes de actualidad a partir de ahora, o podríamos preguntarnos si la literatura comparada tiene todavía un significado auténtico y activo en nuestra época. Yo diría sí a la segunda hipótesis.

La literatura comparada encarna un saber literario que nace de la comparación y el diálogo entre identidades diferentes mediante los cuales es posible comprender mejor la diversidad y aumentar las oportunidades y las razones de la unicidad. Comparar significa pues estudiar y trabajar juntos en el respeto de las diferencias para crear una nueva dimensión comunicativa: la de la hospitalidad recíproca. Una hospitalidad que se realiza y caracteriza por nuestra disponibilidad para escuchar y traducir al otro, y viceversa.

La literatura no necesita que una ciencia superior extraña a su naturaleza la analice y trate como un objeto inerte. La literatura siempre ha podido expresar su propio saber, de China a las civilizaciones mediterráneas. Esta forma de conocimiento de sí misma concebida como evolución colectiva es la llamada crítica literaria. El diálogo de la crítica y los diferentes críticos entre ellos constituye el campo de la literatura comparada, donde reinan la igualdad y la hospitalidad recíproca. Por esa razón la literatura comparada representa y permite una forma de conocimiento general y múltiple —de gran interés para todo el mundo y al que todo el mundo puede acceder— basado en la literatura misma. Esto es verdad sobre todo hoy en día, en un mundo en el que la comunicación y la traducción entre las culturas y las lite-

raturas se vuelve indispensable para la existencia y circulación de las propias culturas y literaturas.

Hace poco he manifestado mi intención de volver a considerar el valor de la literatura comparada y de volver a proponerla como disciplina general y múltiple de los estudios literarios mundiales. No lo he dicho basándome en razones teóricas, expresión típica de la tradición académica euroamericana, sino en el hecho de que, desde un punto de vista epistemológico e histórico contemporáneo, la literatura comparada responde a los desarrollos y tendencias actuales del estudio de la literatura como fenómeno mundial. Cuando hablo de punto de vista epistemológico no quiero hacer contrabando de una teoría que nace en las universidades europeas o norteamericanas, la cual situamos una vez más en la base de un conocimiento que se alcanza mediante el riesgo y la conciliación del juego de la pluralidad. En mi intención, hablar de punto de vista epistemológico significa, por el contrario, recordar la aprobación de los intelectuales del mundo entero a la literatura comparada, y por consiguiente, significa subrayar su adopción como horizonte y frontera común que permite el encuentro, aún conflictivo, y el diálogo de las diferentes culturas sobre temas de interés recíproco por medio de la literatura. La perspectiva intercultural, la traducción, la descolonización y el desequilibrio histórico de las relaciones hombre-mujer son problemas comunes a todas las culturas actuales. Incluso, esos problemas son la sustancia misma de nuestro tiempo. La literatura comparada es una forma de conocimiento y enseñanza de tipo *confederativo* que permite considerar esos problemas y campos de investigación bajo una perspectiva común, como elementos de un verdadero diálogo universal, *imagen del futuro que espera a todas las culturas*. La literatura comparada, por lo tanto, no es la asamblea mundial de especialistas del comparatismo literario reunidos para discutir problemas y temas específicos desde puntos de vista y orígenes diferentes. Representa, por el contrario, el horizonte intercultural que permite a los hombres de letras del mundo entero encontrarse a fin de *compararse entre sí*, en relación con problemas generales muy importantes para toda la humanidad presente y futura.

Partiendo de este conjunto de proposiciones, ¿qué entiendo yo por «literatura comparada como disciplina de descolonización»? ¿Será la descolonización el problema más general de todos? ¿el que determinaría y explicaría todos los demás? Realmente no es así.

Todos los problemas y los campos de investigación que hemos considerado desde la perspectiva actual de una confederación cultural mundial son igualmente importantes y tienen lugar mediante una evolución y un estudio comunes. Cuando presento la literatura comparada como disciplina de descolonización no formulo en realidad reflexiones de orden general. Desde nuestra profesión de hombres de letras, expreso mi intención de comprometerme según un programa y una línea *política*, en cuanto a los problemas

arriba mencionados desde la óptica de la confederación como imagen del futuro.

Si para los países que se descolonizan de Occidente la literatura comparada representa una manera de comprender, estudiar y realizar la descolonización, para todos nosotros, especialistas europeos, representa una forma de pensamiento, autocrítica y educación, o dicho de otro modo, *la disciplina para descolonizarnos de nosotros mismos*. Esto es cierto si nos consideramos verdaderamente parte de un «mundo poscolonial» donde los ex-colonizadores deben aprender a vivir como los ex colonizados, y con ellos.

Lo que entiendo aquí por disciplina no tiene nada que ver con un sector especializado de la organización académica occidental, antes bien, se refiere a una forma de autocrítica, de transformación y educación propia y ajena. Una especie de ascesis.

En la antigua cultura griega, la palabra *askesis* indicaba el ejercicio constante de una determinada práctica. La mentalidad y la forma de pedagogía nacidas de la literatura comparada obligan hoy al intelectual europeo a ejercitarse continuamente en la búsqueda de la paridad con el otro, de la práctica de la escucha atenta, de la traducción correcta, de una nueva igualdad, de una honesta conciencia de uno mismo como mestizo (esto nos atañe especialmente como europeos del mediterráneo), del deber y del placer de la hospitalidad, y, finalmente, de la crítica del sentido mismo de la dignidad frente al juicio ajeno. Es necesario que este proceso parta de una revisión severa y radical de la llamada crítica del eurocentrismo —no realizada hasta ahora más que de palabra— como una especie de ritual totalmente desprovisto de sentido y de salida.

La crítica del eurocentrismo se ha convertido en un ritual académico estéril porque nosotros, los hombres de letras europeos, a menudo la hemos ejercido presionados por razones externas, basándonos en el poder y la «superioridad» de nuestra tradición intelectual. Poder y superioridad que nos garantizan esa forma de conocimiento típicamente europeo que responde al nombre de filosofía, y su historia. El conjunto formado por la fe y la historia de la filosofía conforma el carnet de identidad de nuestra civilización —destinada a civilizar a todas las demás: «el peso del hombre blanco», protagonista de una oda de Kipling que salió en *The Five Nations* en 1903— y de nuestra voluntad de poder —destinada a dominar la naturaleza y todas las demás civilizaciones—.

Como europeos tenemos que ir más allá de las críticas estériles y rituales del eurocentrismo para transformarlas precisamente en comparatismo, es decir, tener en cuenta las críticas dirigidas contra el eurocentrismo por parte de los no europeos; no es casual que una obra muy famosa sobre este problema haya sido escrita por E. Said, especialista palestino que enseña literatura comparada. Esta conexión con la crítica de las imágenes cruzadas se anuncia como presagio de una verdadera forma de ascesis revolucionaria. Digo revolucionaria porque no debe realizarse sólo con nuestras propias fuerzas ni basándonos

en el condicionamiento psicológico ejercido por nuestra tradición filosófica. Todo lo contrario. Se realizará comparando, escuchando a los demás y su manera de vernos a nosotros. Gracias a esos medios podremos finalmente aprender del otro y también aprender cosas sobre nosotros mismos que de otro modo no podríamos descubrir jamás. Todo esto es hoy posible sin tener que desplazarnos porque los otros han venido a nuestro encuentro, no con el fin de conquistarnos por la fuerza de las armas o su superioridad cultural, sino para vivir aquí, en una igualdad digna. Me refiero al gran fenómeno de las migraciones mundiales de sur a norte. Seres humanos que se desplazan buscando una nueva formulación digna y democrática de sus condiciones de vida y su destino.

Para nosotros, además, como representantes de la cultura europea del mediterráneo este hecho representa incluso un recuerdo del origen y la historia del mestizaje milenario compartido con eslavos, turcos, sarracenos, egipcios, godos y normandos. Para los intelectuales europeos, hasta los no comparatistas, descolonizarse de sí mismo significa captar la lógica de la ascesis y la comparación basada en la igualdad y la reciprocidad con aquellos que se descolonizan de Europa en un mundo que, en síntesis, es inevitable definir hoy como «poscolonial». Para un intelectual europeo este es hoy seguramente el deber crítico y moral más urgente y más importante, compromiso que permite estudiar de verdad las obras literarias, las traducciones y las poéticas orientales o africanas en relación con las de Europa y viceversa. Y además permite enseñar la práctica de esta disciplina a las jóvenes generaciones de nuestro viejo continente.

Una última cuestión: ¿Qué tendrán que ver todos estos propósitos con la literatura? ¿No podemos realizar la descolonización de Europa con la filosofía, la antropología, la política o la economía? Como los demás hombres de letras, creo que la literatura constituye en todo el mundo la única forma de relación lingüística compartida por todas las culturas, la única capaz de considerarlas iguales y traducirlas. Ninguna literatura ha exterminado o reemplazado jamás a otras. Todo lo contrario, en un juego circular que ha existido siempre, todas las literaturas se han traducido y conocido unas a otras, como esos viajeros desprovistos de toda sed de conquista o poder, conversión y adoctrinamiento, que viajan para ver cómo va el mundo y cómo están hechos los demás. Las literaturas crean y practican desde siempre una visión mágica y utópica, y sin embargo verdadera, de las relaciones entre el hombre y el mundo, y los hombres entre sí. Las palabras de Josif Brodskij lo ilustran muy bien: «Hay que hablar porque hay que decir y repetir que la literatura es una maestra de la *finesse* humana, la más grande y seguramente la mejor de cualquier doctrina». La filosofía por el contrario, es el gran pecado de orgullo de la civilización occidental; la antropología no es sino el aspecto académico del colonialismo, cuya voluntad de dominio sobre la naturaleza y los demás se manifiesta en to-

do su esplendor mediante la ciencia y la técnica. «El imperio del dinero», el régimen capitalista que domina el mundo, representa los límites infranqueables de un poder del que Europa ha perdido la exclusividad frente a América del Norte y Japón, es decir, un poder «nórdico» que se extiende por todo el mundo. La literatura es la única forma común a las culturas capaz de enseñarnos a convertirnos en «hombres y mujeres de mundo», es decir, a traducir e intercambiar unos con otros en igualdad el significado, el respeto a la diferencia, y un poco, a la utopía.

La literatura comparada no es sino la experiencia de una forma de educación y el diálogo entre todos los que la practican. Es una disciplina realmente mundial, no por el hecho de exportar la antropología de Lévi-Strauss a Nairobi, o la filosofía de Derrida a Tokio, sino por traducir Shakespeare al chino y Mahfuz al italiano¹.

¹ Obras citadas o mencionadas en el texto: Bassnett, Susan, *Comparative Literature. A Critical Introduction*, Oxford: Blackwell, 1993; Brodskij, Josip, *The Condition We Call Exile*, Wien: Wheatland Foundation, 1987; Gnisci, Armando, *Il rovescio del gioco*. Roma: Sovera, 1993; Gnisci, Armando, «La littérature comparée comme discipline de la reciprocité», en *Celebrating Comparativism*, eds. Katalin Kürtösi & József Pál, Szeged: Attila József U/ Gold Press, 1994, 69-75; Gnisci, Armando, *Ascesi e decolonizzazione*, Roma: Lithos, 1996; Gnisci, Armando, y Sinopoli, Franca, eds., *Letteratura comparata. Storia e testi*, Roma: Sovera, 1995; Miner, Earl, *Comparative Poetics: An Intercultural Essay on Theories of Literature*, Princeton: Princeton UP, 1990; Said, Edward, *Orientalism*, London: Routledge & Kegan Paul, 1978; Said, Edward, *Culture and Imperialism*, London: Chatto & Windus, 1993.

SUSAN SNIADER LANSEER

¿COMPARADO CON QUÉ? FEMINISMO GLOBAL,
COMPARATISMO, Y LAS HERRAMIENTAS DEL AMO*

Aunque este ensayo se centra en literatura comparada y no en los estudios feministas, reconozco que la crítica feminista ha sido a menudo tan insuficientemente comparatista como la literatura comparada insuficientemente feminista. Mientras que el comparatismo a veces ha hecho feminismo sin perturbar significativamente sus fundamentos teóricos como disciplina, el feminismo académico occidental, por el contrario, se ha definido en su formulación teórica como comparatista (es decir, relativo a las mujeres por encima o más allá de los límites nacionales o culturales) sin hacer comparatismo en la práctica. La crítica feminista ha declarado generalmente universal lo que es particular (por ejemplo, al usar «mujeres del siglo diecinueve» para describir a mujeres blancas educadas de Inglaterra o Estados Unidos) o ha «incluido» de manera creciente otras literaturas sin conocer las lenguas y culturas en que se originaron. Esto significa que ni la literatura comparada ni los estudios feministas, tal y como se practican generalmente en las universidades estadounidenses, son suficientemente comparatistas, a pesar del compromiso de ambos campos, casi por definición, con la diferencia como tema primordial. En mi crítica a ambos campos incluyo mis propios trabajos, que reflejan el eurocentrismo de mi formación, contra el que estoy luchando, como muchos otros de mi generación, para reeducarme. He sido especialmente consciente de estas limitaciones al completar mi estudio «comparativo» de escritoras y voz narrativa, que sigue siendo restrictivamente occidental aunque «incluye» literatura afroamericana.

La falta de presión que el feminismo ha ejercido sobre la literatura comparada refleja en parte el *laissez-faire* de la disciplina. La expansión de la literatura comparada, que en la posguerra abarcó prácticamente cualquier estudio de

* Susan Sniader Lanser, «Compared with What? Global Feminism, Comparatism and the Master's Tools», en Margaret R. Higonnet, *Borderwork. Feminist Engagements with Comparative Literature*, Ithaca & London, Cornell University Press, 1994, págs. 280-300. Extractos de págs. 282-294, 296-300. Traducción de P. Álvaro.

- Wellek, René, 8, 13 n., 14 n., 18 n., 19, 44 n., 48, 71-72, 73 n., 74, 75, 77, 78, 79-88, 94, 104, 105, 107, 108, 112, 114, 115, 150, 151, 152, 153, 165, 196, 236.
 Wendell, Barrett, 64.
 Werner, Zacharias, 96.
 Wetz, Wilhelm, 14, 16, 40.
 Wienold, Götz, 108.
 Williams, Tennessee, 94.
 Winckelmann, Johann Joachim, 41.
- Wittgenstein, Ludwig Josef Johann, 126.
 Woodberry, George E., 14, 32 n., 57.
 Woolf, Virginia, 203, 204, 205.
 Yeats, William Butler, 174.
 Young, Robert, 138, 139 n.
- Zima, Peter, 17, 43 n., 49, 75 n., 222, 240, 242, 243.
 Zirmunskij, Viktor, 74 n., 77, 107.
 Zurnthor, Paul, 118 n.

ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
NOTA PREVIA	7
I.— NACIMIENTO E INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA LITERATURA COMPARADA	
1. <i>Los orígenes de la literatura comparada</i>	13
<i>Introducción</i>	13
Los orígenes de la literatura comparada	13
Literatura comparada y literatura nacional	15
Positivismo y darwinismo literario	17
Texte, Croce, Gayley	18
<i>Textos:</i>	
JOSEPH TEXTE: Los estudios de literatura comparada en el extranjero y en Francia	21
JOSEPH TEXTE: La literatura comparada	26
BENEDETTO CROCE: La literatura comparada	32
CHARLES M. GAYLEY: ¿Qué es la literatura comparada?	36
2. <i>El comparatismo de las cátedras</i>	43
<i>Introducción</i>	43
El comparatismo de las cátedras: Fernand Baldensperger y Paul Van Tieghem	43
«A en B» o el modelo de monografía comparatista	47
La larga herencia de Paul Van Tieghem: la persistencia del viejo paradigma	48
<i>Textos:</i>	
F. BALDENSBERGER: La literatura comparada. La palabra y la cosa	51

	<i>Págs.</i>
PAUL VAN TIEGHEM: La literatura general	63
II.— LA CRISIS Y EL NUEVO PARADIGMA	69
<i>Introducción</i>	71
La revuelta contra el positivismo: la crisis de la literatura comparada	71
El nuevo paradigma y el síndrome epistemológico	75
¿Existen las escuelas americana y francesa?	77
<i>Textos:</i>	
R. WELLEK: La crisis de la literatura comparada	79
H. H. H. REMAK: La literatura comparada, definición y función	89
D. W. FOKKEMA: La literatura comparada y el nuevo paradigma	100
H. G. RUPRECHT: Literatura comparada y racionalidad teórica	114
P. LAURETTE: La literatura comparada y sus fantasmas teóricos	120
III.— LAS ÚLTIMAS TENDENCIAS: LA LITERATURA COMPARADA A FINALES DEL SIGLO XX	135
<i>Introducción</i>	137
La literatura comparada y la teoría literaria postestructuralista ..	137
La literatura comparada y el multiculturalismo	138
La literatura comparada y el estudio de la traducción	142
<i>Textos:</i>	
GILBERT CHAITIN: Otreidad. La literatura comparada y la diferencia	145
JACQUES CHEVRIER: Las literaturas africanas y la investigación comparatista	166
BILL ASHCROFT, GARETH GRIFFITHS Y HELEN TIFFIN: El imperio contraescribe. Introducción a la teoría y la práctica del postcolonialismo	178
ARMANDO GNISCI: La literatura comparada como disciplina de descolonización	188
SUSAN SNIADER LANSER: ¿Comparado con qué? Feminismo global, comparatismo y las herramientas del amo	195
ANDRÉ LEBEVEVE: Literatura comparada y teoría de la traducción	206
STEVEN TÖTÖSY DE ZEPETNEC: La literatura comparada y la aproximación sistémica a la literatura y la cultura	215

	<i>Págs.</i>
IV.— GUÍA BIBLIOGRÁFICA SUCINTA	231
<i>Abreviaturas</i>	233
<i>Instrumentos bibliográficos</i>	234
Bibliografías de literatura comparada	234
Revistas especializadas	235
Asociaciones profesionales y actas de congresos	237
<i>Introducciones generales a la disciplina y volúmenes colectivos</i> ...	240
Manuales e introducciones generales	243
Volúmenes colectivos y de naturaleza general	244
<i>Otros estudios programáticos sobre el ámbito y la metodología de la literatura comparada</i>	246
<i>La literatura comparada en el mundo</i>	253
<i>Índice de nombres</i>	255